



40 MESES DE GOBIERNO TRIPARTITO

Hospital de la Plana, campanarios de San Pascual y ascenso del Villarreal C.F. SAD a primera división, son las grandes luces que puede presentar el equipo de gobierno municipal formado por el Partido Popular de la Comunidad Valenciana (PPCV), Unión Valenciana (UV) y el Bloque Nacionalista Valenciano (BNV). Mucha gente para tan pocos resultados, sobre todo pensando que los dos últimos son, fundamentalmente, obra de empresarios o empresas privadas, y el primero, visto el caso de Alzira, esperemos que no lo sea.

Parece como si los tres años de este particular y tripartito equipo de gobierno hubieran pasado sin que los políticos y la política hayan hecho acto de presencia. Da la impresión de que el Ayuntamiento funciona un poco o un mucho por inercia administrativa, donde los técnicos de dentro, los públicos, y los de fuera, los de la empresa privada, son los que trazan el día a día y el camino a realizar, y donde ni el gobierno ni la oposición saben tomar la iniciativa para ilusionar a los ciudadanos y para hacer ciudad, que falta nos hace. Nunca tantos partidos dieron tan poco a Vila-real.

Los ciudadanos asistimos un tanto perplejos a la situación política local y no sabemos qué nos desconcierta más si la división interna y dura del Partido Socialista del País Valenciano (PSPV) o las ya características declaraciones extemporáneas del alcalde desgraciadamente famosas, como mínimo, en todo el País Valenciano. El PSPV ha pasado de largo el ecuador de la presente legislatura, y puede que toda ella, sin encontrar el discurso oportuno que llegue a la calle y

haga las pertinentes denuncias y propuestas alternativas. El contrato que los concejales socialistas firmaron en las urnas, y no sólo ellos, no contemplaba estar de oyentes en el consistorio. La movilización de la sociedad civil progresista, o simplemente la cabreada, delante de los problemas o las injusticias sobrevenidas o planificadas, ha dejado a la izquierda, y sobre todo al PSPV, en una situación de preocupante evidencia.

El PPCV, mientras, con la brújula un tanto estropeada, ha ido haciendo camino al andar. Como que, en general, se esperaba poco, el programa electoral está ahí para comprobarlo, los logros conseguidos son celebrados de manera extraordinaria. Pocas ideas, ningún proyecto innovador, continuidad a la baja en la gestión y en las obras pendientes, falta de liderazgo y de iniciativas; escaso bagaje para un partido que gobierna también la Generalitat y el Reino de España con lo que ello debería comportar en inversiones. Podríamos decir, creo que sin exagerar, que se vive en cierta medida de las rentas de la época anterior y se entiende la política exclusivamente como la gestión del día a día ya que mañana, además de ser otro día, Dios proveerá. No parece que el PPCV local se haya consolidado con el poder por méritos propios sino que, en caso de estarlo, es por deméritos de la oposición y por la anemia política crónica que padece esta ciudad. Una ciudad como la nuestra debe pintar no ya en Castellón de la Plana, un pueblo vecino que hoy se contempla como un altar político, sino en Valencia y Madrid, y no parece que, en estas horas, más allá del fútbol, cortemos el bacalao y nos llevemos

una buena tajada a casa. A este equipo local del PPCV que, como mucho, usa la talla mediana, el traje de la ciudad, una holgada XL, le viene varias tallas grande.

Por su parte el mundo del nacionalismo valenciano, si es que realmente existe como tal, ha ido sacando provecho de la aritmética. De pedir la alcaldía al PSPV se contentaron con ser el felpudo del PPCV y UV a cambio de unas delegaciones subalternas donde la política, su asignatura pendiente, brilla por su ausencia. El pacto de no agresión mutua entre el PPCV-UV y el BNV implicaba una cierta liturgia y propaganda catalanista que sobre todo beneficiaba al PP al servirle como barniz valencianista y autonomista que falta le hacía. Toda una obra de ingeniería de la política de la ambigüedad de un partido que se autodefine nacionalista, de izquierdas y catalanista y gobierna con otros de derechas, españolistas y regionalistas. Unió Valenciana, por su parte, o al menos su representación concejil, pronto entendió el mensaje: la vara es la vara, la lista es la lista y el pez grande se come al chico, sobre todo si este último se pone el primer día en su boca. Ni valencianismo radical, ni secesionismo político, una infidelidad política tan grande como la de sus socios-adversarios o así del BNV.

Esquerra Unida (EU) ha intentado marcar el terreno propio del comunismo y cercanías y la verdad es que no le ha resultado difícil vista la esclerosis del PSPV. De haber jugado más fuerte, su horizonte político inmediato sería mucho más esperanzador.

En conjunto el trienio ha dejado luces y sombras, haberes y deberes. Comenzamos con el episodio desgraciado de los crímenes del río Mijares, para seguir, y lo que te rondará morena, con la polémica pero implacable privatización del servicio de aguas potables, para después compensar con la decisión feliz de construir en Vila-real el hospital comarcal, últimamente empañada con la problemática asignación de los jóvenes a los distintos institutos de Bachillerato. Ejemplos, entre otros, que resumen bien qué es lo que ha pasado a lo largo de estos años: una de cal y otras tantas de arena, mucha más pena que gloria y algunos pasos hacia adelante en un contexto de cierta postración. En resumen, apuesta previa y decidida por el sector privado en detrimento del sector público, falta de planificación y de ideas al respecto de una ciudad mucho más dinámica que su gobierno municipal, siempre a remolque de ella, y política de gestos, cada partido del gobierno para su parroquia, y de impactos electorales con tal de mantener en la próxima legislatura el gobierno de una ciudad políticamente estratégica como es Vila-real.

EMILIO M. OBIOL MENERO